

Crónicas

LA VISITA DE M. EMMANUEL DE MARTONNE

A pesar del aislamiento que provoca la crisis, hemos recibido este año la visita de M. Emmanuel de Martonne, profesor de la Sorbonne, Director del Instituto Geográfico de la Universidad de París y Secretario General de la Unión Geográfica Internacional, cuya alta personalidad científica es ampliamente conocida en nuestro país.

Invitado por el Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, para dictar un curso en la Universidad Central de la vecina república, el señor de Martonne regresó a su patria por el Pacífico, haciendo así un periplo alrededor del continente. De paso en nuestra capital, fué huésped de la Universidad de Chile, que aprovechó su permanencia entre nosotros para solicitarle algunas conferencias. Fué así como la visita de M. de Martonne nos proporcionó la ocasión de escuchar tres hermosas lecciones de geografía regional, en las cuales, si es verdad que destinadas para el gran público, pudimos apreciar su fineza de análisis, su rigor científico, y la viveza con que sabe animar sus cuadros geográficos.

Creemos útil dar un resumen de cada una de ellas.

I. La Geografía de París.—Más que ninguna otra capital, París es digna de un estudio geográfico. No podríamos concebirla como capital de la Francia, sino en el lugar en que se encuentra ubicada y hasta su fisonomía depende del lugar en que nació.

El cuadro geográfico se encuentra formado por la «Cuenca Parisiense», con su convergencia de valles, y por el centro mismo de esa cuenca, región de planas calcáreas, con suelo limonoso, aptas para el cultivo de los cereales (Beauce, Brie), y de valles amplios donde abundan cultivos de legumbres y árboles frutales (Sena, Marne, Oise, etc.). Estos mismos valles, recorridos por ríos meandrizantes, por caminos y líneas férreas, procuran el diseño a las vías de comunicación que convergen hacia la ciudad. A las facilidades de aprovisionamiento se agregan las facilidades para la construcción, pues el subsuelo variado de las colinas parisien-ses ofrece distintos materiales para la edificación: calcáreo grosero para los grandes edificios, muelera para las casas modernas, arenas, yeso, etc.

El sitio geográfico tiene como elemento esencial, la gran curva del Sena y sus islas; la célula inicial ha sido la «cité», por donde pasaba la ruta Norte-Sur

romana, la cual cortaba la ruta Este-Oeste en la ribera norte, en el punto donde actualmente se encuentra la plaza del Chatelet. Este cruce de vías ha sido el corazón de París durante toda la Edad Media y aun hasta hoy las arterias más animadas, más comerciales, han seguido siendo las que allí se encuentran (Calle de Rivoli, calle Saint Denis, calle Saint-Jacques).

El desarrollo de París se ha operado concéntricamente en torno a la Cité, por formación de círculos sucesivos. El Círculo de los Grandes Bulevares sigue la cintura fortificada de Luis XIII, establecida conforme al trayecto de un antiguo Brazo del Sena, cuyas arenas se impregnan aun de agua, hasta desbordar, en las grandes inundaciones, como ocurrió en 1910.

La cintura que acaba de ser destruída, databa de 1848. Ya se había visto ella sobrepasada por el cúmulo de construcciones que se extienden ahora en todas direcciones, pero siguiendo de preferencia los grandes valles: Sena, Marne y aun Oise.

Los caracteres de los barrios cambian con el desarrollo concéntrico de la ciudad. Los cultivos de legumbres, frutas, artículos del mercado, emigran hacia la periferia, hasta una distancia de 100 km.; las usinas se distancian siguiendo sobre todo el Sena; la Cité se despuebla; ciertos barrios residenciales sobre la ribera derecha o de vida intelectual sobre la ribera izquierda, los grandes bulevares fijados por la naturaleza, es lo único que permanece.

II. La Bretaña, país histórico y región natural.—La Bretaña ofrece el raro ejemplo de una provincia histórica correspondiendo exactamente a una región natural. Sus caracteres originales tan marcados se explican si consideramos que ella constituye la parte peninsular del macizo armoricano. El macizo armoricano es un macizo hercyniano, cuyo relieve no ha cambiado casi, desde su nivelamiento por la erosión. Sus ondulaciones confusas, cortadas por algunas gargantas, se encuentran dominadas por grupos de rocas duras que no sobrepasan los 300 ó 400 metros. Su paisaje se diferencia del de la «Cuenca Parisiense», sobre todo por el aspecto del tapiz vegetal y la distribución de las poblaciones, que traduce la palabra «bocage»: cercos de árboles, rodeando pequeñas parcelas cultivadas, praderas cubiertas de ganado, extrema diseminación de las pequeñas granjas. Todo esto implica una economía rural relativamente atrasada, un régimen de grandes propiedades, el aislamiento del campesino, que ha guardado durante largo tiempo las ideas del antiguo régimen: los campos del macizo armoricano son las regiones más conservadoras y religiosas de la Francia. En Bretaña todavía se llevan los trajes pintorescos, todavía se habla un dialecto celta muy diferente del francés.

Es gracias a su situación peninsular que debe la Bretaña la conservación de los caracteres de la vida armoricana. Le debe todavía la conservación de caracteres especiales. Particularmente aislada del continente, ha sido por sus costas muy desarrolladas y muy articuladas, por donde se ha comunicado, durante siglos, con el mundo. Por mar han llegado los últimos contingentes de población venidos de Irlanda, con el dialecto celta que actualmente allí se habla. Por mar llegó también el cristianismo.

El bretón tiene la impresión que la zona litoral o «armor» difiere profundamente del interior, «arcouet». El Armor es más viviente; más rico; el arcouet pobre, atrasado, es cuatro veces menos poblado. Las razones son múltiples: la costa, tan articulada, ha favorecido la vida marítima, y toda una cintura de puertos pesqueros o de comercio ha dado nacimiento a la mayoría de las ciudades bretonas: Saint Malo, Brest, etc. Pero el litoral tiene también una población terrestre

y una intensa vida agrícola. En el siglo XVIII, exportaba trigo; actualmente produce en abundancia primores para París y Londres. Se saca partido allí de la dulzura del clima, de la fertilidad de los suelos, enmendados con los abonos marinos.

A partir de la construcción de los ferrocarriles el Arcouet ha progresado. La crianza de ganados da allí buenos beneficios. El progreso del Armor no deja de subsistir por ello menos.

La Bretaña juega un rol importante en la unidad francesa; contribuye a la alimentación de París con sus verduras, sus pescados, sus primores; sobrepoblada, procura la mayoría de los marinos franceses: también hay emigración hacia la capital.

III. El Africa del Norte Francesa.—Después de Gran Bretaña, Francia es la primera potencia colonial. Como en otros tiempos la España, ha hecho más que explotar los países extraeuropeos, ha poblado tierras con elemento blanco, y ello sin eliminar la población indígena. El Africa del Norte ofrece el mejor ejemplo. ¿Cómo, y hasta qué límites se ha podido realizar esto? Es lo que la geografía permite explicar.

El Africa del Norte es apenas africana. Desembarcando en Alger, el francés vuelve a encontrar los aspectos de la Provenza, la encina verde y el olivo, el clima mediterráneo con veranos apenas tres grados más cálidos que los de Marsella, las mismas lluvias de invierno y la misma sequedad estival.

Las condiciones del relieve y las de la geología difieren profundamente de las del resto del Africa y recuerdan las de Europa. El continente africano es una masa rígida, que ha escapado a los plegamientos recientes; los desniveles son sólo achacables a fallas que generalmente se ven acompañadas por erupciones volcánicas, que han dado por sí solas, las cimas más elevadas. La Europa por el contrario—y el Africa del Norte—ofrecen altas cadenas formadas al mismo tiempo que los Alpes, por plegamientos, en los cuales la erosión ha esculpido crestas atrevidas.

Sin embargo, el Africa del Norte permanece soldada al continente africano; no puede escapar a su influencia, a la del desierto más grande del mundo, el Sahara, a la del zócalo rígido más extenso que exista. Es curioso constatar que las influencias tectónicas y las influencias climáticas obren en el mismo sentido.

En Algeria y en Marruecos, ha sido posible reconocer, en medio de los plegamientos del Atlas, mesetas tabulares, en las cuales las únicas dislocaciones son fallas, a veces acompañadas de volcanes. Estos pedazos del zócalo africano, al introducirse en la zona plegada, han provocado reacciones locales, las cuales explican los solevantamientos, extraordinariamente poderosos, del Alto Atlas Marroquí.

A éstos avances de la estructura africana, corresponde un empuje, hacia el norte, de la aridez. Sobre las altiplanicies africanas, la hidrografía se degrada, los «oueds» y los «chotts» son semejantes al régimen de los bolsones mejicanos y de los salares chilenos. La aridez se manifiesta excepcionalmente hasta los bordes del Mediterráneo, en el departamento de Orán, al noreste de Marruecos.

La geografía económica y aun política, es sensible a estas anomalías del medio físico. La colonización romana no ha ido más lejos del límite del zócalo africano y de la aridez. La colonización francesa se detiene aun sobre la misma línea. La zona de poblamiento europeo y de organización francesa total se expande o se reduce, según si ese límite se acerca o se aleja del mar.

Se puede apreciar, pues, en la originalidad del Africa del Norte, las razones geográficas de la penetración francesa y de sus límites.